— En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor... (ámale y síguele por el camino de sus mandamientos) (Eclo. 12, 1).

— La fortaleza es la gloria de los jóvenes; el ornamento de los ancianos es la canicie (Prov. 20, 29).

— Alzate ante una cabeza blanca y honra la persona del anciano (Lev. 19, 32).

— Gloriosa corona es la canicie y se halla en el camino de la justicia (Prov. 16, 21) (Los años sin virtud hacen viejos, pero no viejos honorables. Sólo por el camino de la justicia, o sea, de la virtud se llega a una vejez honrosa).

— No desprecies las sentencias de los ancianos, que de sus antepasados las aprendieron ellos; porque así aprenderán doctrinas y sabrás responder al tiempo oportuno (Eclo. 8, 11-12).

— La corona de los ancianos es su rica experiencia, y el temor del Señor es su gloria (Eclo. 25, 8).

— La honrada vejez no es la de muchos años, ni se mide por el número de los días. La prudencia es la canicie del hombre, y la verdadera ancianidad es una vida inmaculada (Sab. 4, 8-9)

El presente de la juventud es el porvenir de la patria. ¡Joven! no seas holgazán..., aprovecha bien el tiempo para adquirir ciencia y santidad. El trabajo es virtud...

Cristo nos dice: *Yo soy la luz del mundo el que me sigue, no anda en tinieblas* (Jn. 8, 12). *"Yo soy la Vida, el Pan de vida", acércate a Cristo, fuente de vida para no morir a la vida de la gracia.*

Debes saber cortar ciertas amistades y diversiones a tiempo, y santificar tus conversaciones. Que Cristo viva en tus diversiones.

Los jóvenes que viven cristianamente admiran a las chicas castas, y jamás las seducen. Joven, eres "reina" por el dominio de

tus sentidos, por el adorno de tu pureza, vigila para que no te conviertas en esclava. Haz fecunda la edad de tu vida. Ten presente que tu juventud pasa como la flor. ¡Juventud es primavera, que pasa y no vuelve más! La edad de la juventud y de los placeres pasa muy pronto. Jóvenes, que nadie os oiga hablar de torpezas o cosas impuras (Ef. 5, 3). Servid a Dios desde la juventud, respetad a los ancianos y atended sus sabios consejos. Recordad el triste ejemplo de Roboán (2 Cr. 10).

Lengua (Habla bien)

— ¡Dichoso el que no haya pecado nunca son su lengua! (Eclo. 25, 8).

— Si alguno no peca con la lengua varón perfecto, capaz de gobernar con el freno todo su cuerpo... Un poco de fuego basta para quemar todo un gran bosque. También la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad..., es un fuego turbulento y está lleno de mortífero veneno (Sant. 3, 2 ss).

— Dice el soberbio en su fatuidad: No hay Dios... Su boca está llena de fraude y de usura; lleva bajo su lengua la vejación y la opresión (Prov. 18, 21).

— Con la lengua bendecimos a Dios y Padre nuestro, y con ella maldecimos a los hombres hechos a imagen de Dios (Sant. 3, 9).

— El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su conversación... Antes de oirle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre (Eclo. 27, 6 y 8).

— En el mucho hablar no falta pecado, el que refrena sus labios es sabio (Prov. 10, 19).

— ¿Has visto al hombre que se precipita en sus discursos? Más se puede esperar del necio que de él. En el mucho hablar no faltará pecado. La lengua del

insensato lleva a la confusión (Prov. 29, 20; 10, 14 y 19).

— El hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse (Sant. 1, 19).

— Muchos caen al filo de la espada; pero muchos más por las lenguas (Eclo. 28, 22).

El pecado de la lengua es el más extendido y corriente entre los mortales, y si bien lo examinamos casi todos los males que nos azotan provienen de ella. De la lengua perversa provienen la mentira, el fraude, la doblez, el engaño, la maledicencia y la calumnia.

La lengua es un don de Dios. Con ella debemos alabar a Dios y no hablar mal de nuestros prójimos. La lengua revela el corazón del hombre. Jesucristo dijo: *"De la abundancia del corazón habla la lengua"* (Mt. 12, 34). Por esta razón dijo Sócrates a un joven: "Habla para que te conozca. El lenguaje es el espejo del alma. Para conocerte no me basta haberte visto, necesito oirte.

Para hablar bien es necesario hablar poco, y "entre muchos hablar siempre poco" (Santa Teresa).

El hombre es conocido enseguida por su lengua. Los que son del mundo y amigos de la tierra, hablan de cosas mundanas; los que tienen un alma celestial hablan de cosas del cielo, de la virtud y de todo lo que ennoblece.

Quien habla siempre bien, no lo hace a espaldas de los hombres; quien lo hace a espaldas de ellos, no habla bien.

No hablar nunca de si a otros y, por el contrario, hablarles siempre de ellos mismos, he ahí todo el arte de agradar. Todo el mundo lo conoce y todos lo olvidan.

La garantía de que os escuchen, consiste en decir mucho en pocas palabras.

Saber hablar es un don de muchos; saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos.

No seas aspero en tu lengua ni remiso ni perezoso en tus obras (Eclo. 4, 34). Sé firme en tus juicios, y no tengas más que una palabra... Si tienes que responder, responde; sino, pon la mano

a la boca. En el hablar está la gloria o la deshonra, y la lengua del hombre es su ruina. Que nadie te llame chismoso, y no tiendas lazos con tu lengua (Eclo. 5, 12-16).

Hay quien callando se muestra sabio, y quien se hace odioso por su mucho hablar... El sabio se calla hasta el tiempo oportuno; el necio no sabe aguardar su tiempo. El que mucho habla se hace aborrecible, y el que pretende imponerse se hace odioso (Eclo. 20, 5-8). Antes de hablar no respondas, y no interrumpas el discurso ajeno (Eclo. 5, 7).

Limosna

Consejos de Tobías a su hijo: Según tus facultades, haz limosna y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti.

— Si abundares en bienes, haz de ellos limosna, y si estos fueren escasos, según esa tu escasez, no temas hacerla. Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad, pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas, y es un buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo para todos los que la hacen...

— Da de tu pan al hambriento y de tus vestiduras al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo en limosna, y no se te vayan los ojos tras lo que dieres (Tob. 4, 7 s).

— Buena es la oración con el ayuno, y la limosna con la justicia. Mejor es poco en justicia que mucho en iniquidad. Mejor es dar limosna que acumular tesoros, pues la lismosna libra de la muerte y limpia de todo pecado (Tob. 12, 8 s).

Palabras de Jesucristo: Cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como lo hacen los hipócratas en las sinagogas y en las calles pa-

ra ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

— Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará (Mt. 6, 2-8).

— Parte tu pan con el hambriento, alberga al pobre sin abrigo, viste al desnudo y no vuelvas tu rostro ante el hermano... Este es el ayuno que yo quiero... (Is. 58, 7 ss).

— El que da al pobre, no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes (Prov. 28, 27).

— No apartes tu rostro de ningún pobre, parte tu pan con el hambriento, vestid al desnudo... No mires con malos ojos a tu hermano pobre. Debes darle sin que al darle se entristezca tu corazón, porque por ello Yahvé, tu Dios te bendecirá (Dt. 15, 7-11).

Dios en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los hombres, pues cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad. Por tanto honrando al pobre honramos al mismo Jesucristo, porque lo que hacemos a un pobre necesitado, se lo hacemos a El mismo, según nos dice su Evangelio: *"Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, a Mí me lo hicisteis"* (Mt. 25, 40).

Al pobre hemos de hacer limosna, no sólo material: el pan, la leña, el vestido..., sino también la espiritual, que es más preciosa: perdonar una injuria recibida, enseñar al que no sabe, instruirle en el bien, darle un buen ejemplo.

Seamos tan afables con el pobre como nos sea posible. El que tenga mucho que dé mucho; y si poco, dé poco; pero de buena gana.

Si tenéis más de lo necesario para comer y vestir, dadlo y sabed que lo superfluo no es vuestro y debéis consagrarlo al sostenimiento de los pobres (San Jerónimo). San Agustín afirma que

el rico no puede salvarse sin la limosna. Lo superfluo del rico pertenece al pobre; el que lo guarda, guarda lo que no es suyo.

Mandamientos

Los mandamientos de la Ley de Dios forman el "Código de la felicidad". Dios dice: ¡Oh, si siempre me tetieran y guardaran mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos! (Dt. 5, 29).

Ved: Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís (Dt. 11, 26-28).

— Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que, al conocer todas estas leyes, se dirán: Sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación (Dt. 4, 6).

— Si vosotros obedecéis los mandamientos que Yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, Yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía, y tu cosecharás tu trigo, tu mosto, tu aceite; Yo daré también hierba en tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás (Dt. 11, 13-15), y si los guardáis, sembraréis poco y recogeréis mucho... (Dt. 28).

— Por el contrario, si no los obedecéis, malditos seréis en la ciudad y en el campo... sembraréis poco y cosecharéis mucho... todo os irá mal (Dt. 28 y Lav. 26).

— (La felicidad eterna será el fin o término del cumplimiento de la Ley de Dios): Si quieres entrar

en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt. 19, 17).

Dios, Dueño y Señor nuestro, nos dice que la felicidad tanto temporal como eterna está en el cumplimiento de sus mandamientos.

El los imprimió en la conciencia de todo hombre (Rom. 2, 14 s); los promulgó en el monte Sinaí (Ex. 20), y Jesucristo los confirmó y perfeccionó (Mt. 5, 17). Los mandamientos, pues, que tenemos de la Ley de Dios, son los mismos que Dios reveló a Moisés, perfeccionados por Jesucristo y llevados a la plenitud del amor: amor a Dios y al prójimo.

Los mandamientos de Dios nos dicen: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón y con toda tu alma... No tomarás en vano el nombre de Dios, no jurarás en falso por mi nombre ni los profanarás blasfemando... Santificarás el día del Señor... Honrarás a tus padres y a tus mayores... No cometerás actos impuros... No matarás, no robarás... No dirás falso testimonio contra el prójimo, huirás de la mentira, porque Dios aborrece los labios mentirosos, ni murmurarás, porque los murmuradores son aborrecidos de Dios...*

En estos términos están contenidos los mandamientos de Dios en la Biblia (Véase con más detalle en mi *"Diccionario de Espiritualidad")*.

MARIA VIRGEN

1) La virgen María es Madre de Dios. El Verbo (la Palabra del Padre, o sea, Jesucristo) era Dios... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn. 1, 1 y 14).

— Cumplido que fue el tiempo (anunciado por los profetas) envió Dios a su hijo nacido de una mujer... (Gál. 4, 4).

— ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Porque así que sonó la voz de tu sa-

tulación en mis oidos, exultó de gozo el niño en mi seno (Lc. 43-44).

— No temás, María... concebiras en tu seno y darás a la luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo (Lc. 1, 30 s).

— María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo (Mt. 1, 16).

— Estando allí (en Belén) se cumplieron los días de su parto y dio a luz a su hijo primogénito..., el Salvador, el Mesías, el Señor (Lc. 2, 6-11).

Notemos que el Verbo o Palabra del Padre, que se encarnó es Dios, y como Dios hecho hombre se llama Jesucristo, al querer venir a este mundo por medio de María, resulta claramente que ésta es Madre de Dios.

Además, la expresion "Hijo de Dios", nacido en el tiempo, engendrado en las purísimas entrañas de María, ¿qué es sino Madre de El?

No hay duda que la Virgen María es Madre de Dios, y así la proclamó Santa Isabel al visitarla con la expresión "la Madre de mi Señor", pues "Señor" equivale a Dios, tanto en el A. como en el N. T.

"Se dice que la Bienaventurada Virgen es Madre de Dios no porque sea Madre de la divinidad (o sea, de la naturaleza divina anterior a ella), sino porque es Madre según la humanidad de una Persona que tiene divinidad y humanidad" (Santo Tomás 3, 35).

La Virgen María es, pues, Madre de Dios porque de Ella nació Jesús, el cual es verdadero Dios y verdadero hombre.

2) La Virgen María es Inmaculada. Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo... Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc. 1, 28 y 42).

— Pongo enemistad entre ti y la mujer, y entre

tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza, cuanto tu le asedies el calcañal (Gén. 3, 15).

— Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi cosas grandes el Poderoso, cuyo nombre es santo (Lc. 1, 48-49).

— Eres toda hermosa y no hay en ti mancha (de pecado original) (Cant. 4, 7).

La Virgen María por ser destinada a la dignidad tan excelsa de "Madre de Dios", fue adornada desde el primer instante de su concepción con un don de gracia tan grande, que por ella aventajó con mucho a todas las criaturas del cielo y la tierra. Y por el mismo motivo fue redimida por un modo eminente, o sea, más sublime y perfecto que todos los hijos de Adán; mas conviene notar que la redención de María no fue *liberativa* del pecado original ya contraido, sino *preservativa* que le impidió caer en él.

La Virgen María se Inmaculada: 1) Porque es *dogma de fe* definido por el Magisterio de la Iglesia. El Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854 por la Bula *Ineffabilis Deus* la proclamó Inmaculada por ser doctrina revelada por Dios... 2) Por las palabras mismas de la Virgen al aparecerse en Lourdes a Santa Bernardita Soubirous, pues en la aparición del 25 de marzo de 1958, reveló su nombre diciendo: YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION... y 3) porque este dogma se apoya en las Escrituras Santas, pues las expresiones *"llena de gracia"*, la *bendita entre todas las mujeres"* y las palabras del "Protoevangelio" (Gén. 3, 15), que nos hablan de la "enemistad perpetua" entre el diablo y Ella nos dicen que no estuvo sujeta o manchada con el pecado como lo estuvo Eva, y el descendiente de la Virgen María es Cristo, quien destruirá totalmente al fin de los tiempos el imperio de Satanás.

3) María, la Madre de Jesús, permaneció siempre virgen. El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás

en tu seno, y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús...

— Dijo María al ángel: ¿cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón? El ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el Hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios (Lc. 1, 26-35).

— La concepción de Jesús fue así: Estando desposada María, su Madre, con José antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo... Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta que dice: "He aquí que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, y se le pondrá por nombre Emmanuel, que quiere decir "Dios con nosotros" (Mt. 1, 1, 18 s).

Los católicos sostenemos que María permaneció "siempre Virgen", esto es, fue Madre sin dejar de ser Virgen. La que concibió sobrenaturalmente, también dio a luz sobrenaturalmente...

"La Iglesia profesa y proclama que Jesucristo fue concebido y nació de una hija de Adán, descendiente de Abraham y de David, la Virgen María. El Evangelio según Lucas precisa que "María concibió al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo", "sin conocer varón" (Lc. 1, 34; Mt. 1, 18. 24-25). María era, pues, *virgen* antes del nacimiento de Jesús y permaneció virgen en el momento del parto y después del parto. Es la verdad que presentan los textos del Nuevo Testamento y que expresaron tanto el V concilio Ecuménico, celebrado en Constantinopla el año 553, que habla de María "siempre Virgen", como el Concilio Lateralmente, el año 649..." (28-1-1987). (Véase su Ecíclica-Mariana *"Redemptoris Mater"*... (Sobre las expresiones "hermanos de Jesús" y otras dificultades, véanse *"Biblia explicada"*, y con más detalle en el *"Nuevo Testamento comentado")*.

— *María es también Madre de la Iglesia y Madre espiritual nuestra* Pablo VI así la proclamó y de hecho lo es porque es Ma-

dre de Cristo Redentor, Cabeza del Cuerpo místico que es la Iglesia, de la que nosotros somos miembros...

— *María es a su vez Reina,* como la proclamó Pío XII, por ser Madre de Cristo-Rey. "Si el hijo es Rey —como dice San Atanasio—, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina".

— María es Medianera nuestra en la obra de la Redención, porque por Ella vino a nosotros el Redentor, fuente de todas las gracias y aunque es el Mediador de Dios y de los hombres, Cristo Jesús (1 Tim, 2, 5-6) el oficio de la Virgen es "subordinado al de Redentor" y la misión maternal no oscurece ni disminuye la unica mediación de Cristo (L.G. 60). La Virgen es "Mediadera ante el Mediador".

Matrimonio

— Al principio de la creación los hizo Dios varón y hembra; por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán los dos una sola carne. De manera que no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios unió que no lo separe el hombre... (Mc. 10, 6 ss)

— El matrimonio sea tenido por todos en honor; la unión conyugal sea sin mancha, porque Dios ha de juzgar a los fornicarios y a los adúlteros (Heb. 13, 4).

— Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla... Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie jamás aborrece su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo.

— Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola

carne. Gran misterio es esté, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia. Por lo demás, ame cada uno a su mujer, y ámela como a sí mismo, y la mujer reverencie a su marido (Ef. 5, 25-33).

El matrimonio fue instituido por Dios N. Señor en el paraiso terrenal cuando unió como esposos a Adán y a Eva para que viviesen *siempre* juntos en mutuo y fiel amor (Gén. 2, 18-22).

Este sacramento, según el Concilio Vaticano II, es una comunidad de vida y de amor, que se establce sobre la alianza (o contrato) de los esposos, o sea, sobre su consentimiento personal e irrevocable (GS. 48).

El matrimonio que representa la unión de Cristo con su Iglesia, es fundamentalmente *uno* (de un hombre con una sola mujer) *e indisoluble:* unidos para siempre. Jesucristo condena el divorcio y nos habla claramente de la indisolubilidad del matrimonio. *"Lo que Dios unió que lo no separe el hombre".* Como dice Juan Pablo II: "En este 'no lo repare' está contenida la grandeza esencial del matrimonio y, al mismo tiempo, la unidad moral de la familia".

Un proverbio dice: "Antes de marchar a la guerra reza una vez; reza dos antes de embarcarte; reza tres antes de casarte". Esto quiere decir que "antes de que te cases mira a ver lo que haces". Reflexiona.

Evita el matrimonio de interés, de conveniencia o de pasión. Los esposos deben unirse ante todo con ligaduras de amor espiritual, que ni el tiempo ni el espacio pueden romper. Si Dios te llama al matrimonio procura que tus relaciones sean castas. Da a tu novio tu amor y tu afecto, mas nunca tu cuerpo..., porque te despreciará, y algún día te echará en cara tus mismas culpables condescendencias.

Misericordia de Dios

— El Señor es misericordioso y benigno, tardo a la ira y lleno de clemencia. No está siempre acusando, ni guarda rencor para siempre.

— No nos castiga a medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades. Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos, tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen.

— Cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto aleja de nosostros nuestros pecados.

— Como un padre que se apiada de sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen. Porque El sabe de que estamos formados. El recuerda que somos polvo. La misericordia del Señor es eterna para los que le temen (Sal. 103).

— El Señor es compasivo y misericordioso (Sant. 5, 11). Es misericordioso para con todos y su misericordia está sobre todas sus obras (Sal. 145, 9).

— En Yahvé está la misericordia, y con El copiosa salvación (Sal. 130, 7). Llena está la tierra de su misericordia (Sal. 33, 5).

— Aunque una madre se olvidara del hijo de sus entrañas Yo no te olvidaré: dice el Señor (Is. 49, 15).

— Yo juro, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos... Si el impío se convirtiese de sus pecados y practicase la iniquidad y la justicia, y siguiere los mandamientos de la vida, ciertamente vivirá y no moriŕa. Ninguno de sus pecados que haya cometido será recordado contra él (Ez, 33, 11 ss).

— Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonárnoslos y lavarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1, 9).

— Todas las sendas de Yahvé son misericordia y verdad para los que guardan sus mandamientos (Sal. 25, 10).

— Los fariseos y escribas murmuraban de Jesús

diciendo: Recibe a los pecadores y come con ellos (Lc. 15, 2). Jesús respondió: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Lc. 5, 32).

— ¡Oh, Señor!, tienes piedad de todos, porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia; pues amas todo cuanto existe, a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas (Sab. 11, 24-27).

— ¡Cuán grande es la misericordia del Señor y su piedad para los que vuelven a El! (Eclo. 17, 28).

— Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt. 5, 7).

— Tu, oh Señor, eres misericordioso, clemente, magnánimo, de gran piedad y fidelidad. Mírame, ten compasión de mi (Sal. 86, 15).

— Al corazón contrito y humillado tu no los desprecias (Sal. 51).

— Alabado sea Dios... Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo (1 Cor. 1, 3).

— Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Sal. 136, 1).

— Cantaré eternamente la misericordia del Señor (Sal. 89, 2).

Mar sin fondo y sin orillas es la misericordia de Dios que nos rodea a los pecadores. ¡Pobres de nosotros si así no fuera!

Hasta el que vive en la inocencia y no ha manchado su alma con el pecado mortal, ¿no tendrá que entonar un cántico a la misericordia de Dios, que le ha preservado de caer en él?.

Nadie debe presumir y confirmarse en el mal precisamente porque Dios es bueno, porque Dios, si bien es paciente, también castiga (recuérdese que *lloró* sobre Jerusalén, y porque no obedeció sus mandatos, fue castigada.

Confiemos en la misericordia infinita de Dios, y no desesperemos porque su misericordia es mayor que nuestras miserias.

La misericordia de Dios debiera ser el motivo de nuestras continuas alabanzas, y repetir como el pueblo de Israel el salmo 136: Porque eres bueno, porque es eterna tu misericordia.

Jesús en la tierra es la misericordia personificada, y así aparece en el Evangelio en sus palabras, en su conducta: perdonando a la Magdalena, a la mujer adúltera, a la samaritana, al ladrón arrepentido...

De su misericordia nos hablan los ejemplos de la oveja perdida, el hijo pródigo, etc. No nos desalienten nuestros pecados ante la bondad infinita de Dios, pues a todos nos espera, y porque es grande no sigamos pecando, porque la bondad de Dios es paciente, espera... Recordar la higuera infructuosa... al fin la arranco...

Muerte

— El hombre no sabe cuánto tiempo le resta; y no piensa que se acerca la muerte, y que todo lo dejará a otro y morirá (Eclo. 11, 20).

— Está decretado que los hombres mueran una vez... (Heb. 9, 27). ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal. 88, 49).

— No tiene poder el hombre sobre el espíritu para detenerle, ni tiene poder sobre el día de la muerte (Ecl. 8, 88).

— Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... (Rom. 5, 12). La muerte es el estipendio o paga del pecado (Rom. 6, 23).

— Dios no hizo la muerte ni se goza en la pérdida de los vivientes..., los impíos la llaman con sus obras y palabras... y por autores de ella merecen ser tenidos (Sab. 1, 13-16).

— (Después del pecado de Adán, Dios dio esta sentencia para él y sus descendientes): Polvo eres y volverás al polvo (Gén. 3, 19).

— Como vestido se envejece toda carne (todo hombre), porque ésta es la ley desde el principio que has de morir. Como las hojas verdes del árbol frondoso que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre; unos mueren y otros nacen. Toda obra humana al fin acaba (Eclo. 1418-20).

— Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos (Eclo. 14, 12-15).

— ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas; para el hombre a quien todo le sonríe y entodo prospera y aún puede disfrutar de los placeres (Eclo. 41, 1).

— No temas al fallo de la muerte; acuérdate de los que procedieron y de los que te seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne (Eclo. 41, 5).

— Cuanto bien puedas hacer, hazlo alegremente porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría (Eclo. 9, 10).

— La muerte de los pecadores es pésima (Eclo. 34, 22), y es preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos (Sal. 115, 15)

— Dispón de tu casa, porque vas a morir (Is. 38, 2).

— Estad, pues, preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre... (Lc. 24, 44).

Para saber vivir hay que aprender a morir. *"Acuerdate de tus postrimerías y no pecarás jamás"* (Eclo. 7, 40). El cantar popular dice: "Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvida, ni que más cerca tengamos".

San Pablo nos dice: "No estéis tristes como los que no tienen esperanza (de la vida eterna) (1 Tes. 4, 14-15). Y la Iglesia en el Prefacio de Difuntos nos recuerda: "La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo".

—Para el cristiano la muerte no es el término de la vida, es el comienzo feliz de una nueva existencia.

Con la muerte pasamos a la inmortalidad: no podemos llegar a la vida eterna sin salir de esta actual, la muerte no es una muerte, es un tránsito (S. Cipriano).

"Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero si sois prudentes en todas partes la esperareis vosotros (Kempis).

Mujer (Su retrato en la Biblia)

1) La mujer prudente. La mujer prudente es alabada (Prov. 11, 16). La mujer prudente edifica la casa, la necia con sus manos la destruye (Prov. 14, 1) *(Edificar la casa,* hablando de las mujeres es una frase bíblica que significa "tener hijos y educarlos bien").

— Casa y hacienda vienen de los padres por herencia, pero una mujer prudente es don de Yahvé (Prov. 19, 14).

— La mujer virtuosa es la corona del marido; la desvergonzada es carcoma de sus huesos (Prov. 12, 4).

— La mujer fuerte (o sea, la mujer ideal, virtuosa, inteligente y amante del trabajo) ¿quién la hallará? Vale mucho más que las perlas. En ella confía el corazón de su marido y no tiene nunca falta de

nada. Dale siempre gusto, nunca disgustos, durante todo el tiempo de su vida... Tiende su mano al menesteroso... Vigila a toda su familia y no come su pan de balde. Alzanse sus hijos y la aclaman bienaventurada, y su marido la ensalza... (Prov. 31, 10 ss).

2) La mujer buena y silenciosa. Dichoso el marido de una mujer buena; el número de sus días será doblado. La mujer de valer alegra a su marido, cuyos años llegarán en paz a la plenitud.

— La mujer buena es una fortuna, los que temen al Señor la tendrán; y sea rico, sea pobre, su corazón será feliz, y en todo tiempo mostrará rostro alegre.

— La gracia de la mujer es el gozo de su marido. Su saber le vigoriza los huesos. Un don de Dios es la mujer callada, y no tiene precio la discreta y la que es casta. Como resplandece el sol en los cielos, así la belleza de la mujer buena en su casa.

— La mujer que honra a su marido es de todos tenida por sabia; la que le desprecia es tenida por todos por impía (Eclo. 26).

— La belleza de la mujer alegra el rostro al marido y aumenta en el hombre el deseo de poseerla. Si tiene palabras amables y suaves, su marido es dichoso. Quien posea una buena mujer tiene un gran bien, ayuda a él conveniente y una columna de apoyo (Eclo. 36, 23-26).

— No te apartes de la mujer discreta y buena, porque vale su gracia más que el oro (Eclo. 7, 21).

— No mires sólo el buen parecer de la mujer, ni de ella te enamores por su belleza (Eclo. 25, 28).

3) La mujer quisquillosa. El hijo necio es el tor-

mento de su padre, y gotera continua la mujer quisquillosa (Prov. 19, 13). (Así como es fastidioso vivir donde hay goteras continuas, así no lo es menos convivir con una mujer quisquillosa).

— (Por esto mismo nos repite el sabio): Mejor es vivir en un rincón del desván que en cómoda casa con una mujer quisquillosa... Mejor es vivir en un desierto que con una mujer rencillosa e iracunda (Prov. 21, 9 y 19).

— Gotera incesante en día de lluvia y mujer rencillosa, allá se van. El que quiere contenerla pretende parar el viento o recoger el aire con su diestra (Prov. 27, 15-16).

— La mujer regañona y ligera de lengua es como clarín de enemigo que incita a la respuesta. Pero si el marido es como ella, regañan, toda su vida se la pasarán en guerras (Eclo. 26, 34).

4) La mujer mala y perniciosa. La mujer fuerte es la corona del marido, la mala es carcoma de sus huesos (Prov. 12, 4).

— Yunta de huesos inquietos es la mujer mala; tocarla es como agarrar un escorpión. Del todo enojosa es la mujer borracha, que no ocultará su vergüenza. La liviandad de la mujer se muestra en el descaro de su mirada y en el pestañear de sus ojos (Eclo. 26, 10-12).

— La mujer impía es el castigo del indigno; la piadosa, el premio del que teme al Señor... La mujer que honra a su marido es de todos tenida por sabia; la que le desprecia es por todos conocida por impía (Eclo. 26, 29 y 32).

— Prefiero morar con un león o un dragón, que convivir con una mujer malvada. La maldad de la

mujer demuda su rostro y hace un semblante como de oso; su marido, sentado entre amigos, sin quererlo, solloza amargamente. Ligera es toda maldad comparada con la maldad de la mujer...

— Lo que una cuesta arenosa para los pies del anciano, es la mujer deslenguada para un marido comedido. No sucumbas a la belleza de la mujer ni la desees... Abatimiento del ánimo, tristeza del rostro y llaga del corazón es la mujer malvada (Eclo. 25, 23 ss).

— No fijes tu atención en doncella, no vayas a incurrir en castigo por su menoscabo. No te entregues a meretrices, no vengas a perder tu paciencia... Aparta tus ojos de mujer muy compuesta, y no fijes la vista en la hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer muchos se extraviaron, y con eso se enciende como el fuego la pasión.

— No te sientes nunca junto a una mujer casada, ni te recuestes con ella a la mesa. Ni bebas con ella vino en los banquetes, no se incline hacia ella tu corazón y seas arrastrado a la perdición (Eclo. 9, 5-13).

— Miel destilan los labios de la mujer extraña y es su boca más suave que el aceite. Pero su fin es más amargo que el ajenjo, punzante como espada de dos filos. Van sus pies derechos a la muerte, llevan sus pasos al sepulcro. No va por el camino de la vida, sino que va errando sin saber a dónde... (Prov. 5, 3-6).

— (Huye de la ocasión y del peligro): No te acerques a la puerta de su casa para no dar tu honor a los extraños y tus años a un cruel; para que no disfruten otros de tu hacienda y el fruto de tu trabajo pase a la casa del extraño, y al fin tengas que llorar

cuando veas consumidos tu carne y tu cuerpo, y hayas de exclamar: ¡Ay de que mi que odie la disciplina y no di oidos a los que me adoctrinaban! (Prov. 5, 8-12).

— (Huye de la mujer desvergonzada): No codicies su hermosura en tu corazón, no te dejes seducir por sus miradas; porque si la prostituta busca un pedazo de pan, la casada va a la caza de una vida preciosa. ¿Puede alguno llevar fuego en su regazo sin quemarse los vestidos?... Así el que se acerca a la mujer ajena, no saldrá indemne quien la toca (Prov. 6, 25-29).

— Anillo de oro en jeta de puerco es la mujer bella, pero sin sexo (Prov. 11, 22) (Este parangón tan duro se entiende al recordar que las mujeres orientales llevaban un anillo de oro y plata pendiente en la nariz (Gén. 24, 22 y 47).

La sabiduría y la prudencia en el obrar pueden preservar a muchos de la mujer ajena o disoluta o.de la extraña que halaga con sus palabras... La Sabiduría Divina clama y dice: "*Hijo mio... guarda mis preceptos y vivirás, sea mi ley como la niña de* tus ojos... para que te preserven de la mujer ajena, de la extraña de zalameras palabras" (Prov. 7, 2 ss).

El sabio hace la descripción realista del joven seducido al que la mujer disoluta "*con la suavidad de sus palabras le rindió y con sus halagos le sedujo, y se fue tras ella entontecido, como buey que se lleva al matadero... como pájaro que se precipita en la red, sin saber que le va en ello la vida*".

Jovenes, no dejéis ir vuestro corazón por los caminos insinuados de la mala mujer. Su casa es la senda del sepulcro, que baja a las profundidades de la muerte..., siendo muy de temer que los libertinos se precipiten en la muerte eterna.

San Juan Crisóstomo encierra en esta breve frase las cualidades de la novia ideal: "La joven sabia, inocente y piadosa vale

un mundo" y la podemos completar con la siguiente enumeración:

1) Religiosidadd. De lo contrario correría serios peligros la educación de los hijos: 2) *sanas costumbres;* 3) *Feminidad, laboriosidad,* aficionados al hogar, conocedora de las artes domésticas, que tan feliz pueden hacer la vida del marido; no excesiva vanidad, ni inclinada al lujo (Tit. 2, 4); 4) *buena salud,* para evitar el peligro de enfermedades hereditarias; 5) *hermosura.* Esta, la última cualidad, aunque no pueda prescindirse de ella, en cuanto suele ser la chispa que enciende el amor. Nada vale sin embargo, si no es un reflejo de la belleza espiritual.

"Engañosa es la gracia, fugaz la belleza; la mujer que teme a Dios, esa es de alabar" (Prov. 31, 30).

Necedad

— El hijo necio es el tormento de su padre y la amargura de su madre (Prov. 17, 25) (El "hijo necio" en la Escritura significa no sólo el tonto, sino también el indisciplinado, desobediente, perezoso y disoluto. Ese tal es la desesperación de los padres).

— Al necio no le agrada la prudencia, sino sólo propalar necedades... Los labios del necio mueven contiendas y su boca provoca litigios. La boca del necio es su ruina y sus labios lazo para su vida (Prov. 18, 2 y 6-7).

— El necio, al reirse, levanta su voz; en cambio el inteligente apenas sonríe quedamente... Los pies del necio son ligeros para entrar en las casas, pero el varón discreto se recela en entrar. El necio desde la puerta se asoma a la casa, pero el educado se detiene fuera.

— Es de mala educación escuchar a la puerta; al prudente se le caería la cara de vergüenza. Los la-

bios de los necios dicen necedades; las palabras del prudente pesan en la balanza (Eclo. 21, 23-28).

— Aunque majes al necio en el mortero con el pilón de majar el trigo, no le sacarás de su necedad (Prov. 27, 22).

— La necedad se enconde en el corazón del niño, la vara de la correción la hace salir de él (Prov. 22, 15).

En las sentencias que tratan de la corrección de los hijos, la palabra "vara" hay que entenderla, en general, metafóricamente como símbolo del castigo, de cualquier clase que sea. No obstante hay que entender "vara" en su sentido propio cuando el contexto lo exige, por ejemplo, en esta sentencia: *"No ahorres a tu hijo la corrección, que porque le castigues con la vara, no morirá"* (Prov. 23, 13). Aun los pedagogos modernos reconocen que a veces no hay más remedio que recurrir a los castigos corporales (Dr. V. Crueñas).

Los castigos son para los petulantes y los azotes para las espaldas de los necios (Prov. 19, 29).

— Para el caballo el látigo, la cabezada para el asno, la vara para las espaldas del necio. No respondas el necio según su necedad, para no hacerte como él. Responde al necio como merece su necedad, para que no se tenga por sabio. Daños sufre el que envia un mensaje por mano de un necio... Como perro que vuelve a su vómito, es el necio que repite sus necedades. ¿Has visto a uno que se cree sabio? Más puedes esperar del necio que de él (Prov. 26, 3-12).

— Mejor es dar con una osa a quien han arrebatado la cría, que con un necio en el frenesí de su necedad (Prov. 17, 12).

— El hijo sabio es la gloria de su padre, el hijo

necio la tristeza —y la vergüenza— de su madre (Prov. 10, 1: 15, 20).

Dejando aparte otras muchas sentencias que trae la Sagrada Escritura referentes al hombre necio (y también las que tratan del hombre sabio, prudente, trabajador, etc. porque algunas aparecerán al hablar de la "sabiduría", del "trabajo", etc, aquí sólo diremos que "no es sabiduría la ciencia de la maldad, y no hay prudencia en los consejos de los pecadores" (Eclo. 19, 20), y que el ideal que todo hombre debiera tener presente es el de los que son sabios, prudentes y trabajadores...

El sabio "madruga de mañana, para dirigir su corazón al Señor que le creó, para orar en presencia del Altísimo. Abre su boca en la oración y ruega por sus pecados; y si le place al Señor soberano, le llenará de espíritu de inteligencia. Como lluvia derrama palabras de sabiduría y en la oración alaba al Señor... y se gloría en conocer la Ley de Dios" (Eclo, 39, 6-11).

Oración

— Mucho vale la oración perseverante del justo (Sant. 5, 16). Orad sin intermisión (1 Tes. 5, 17).

— (Jesús dijo): Es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc. 18, 1). Todo cuanto pidiérais en la oración, como tengáisfe, lo alcanzareis (Mt. 21, 22.

— En verdad os digo que si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque dónde están dos o tres congregados en mi nombre. Allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18, 19-20).

— (Jesús nos da ejemplo orando): Jesús salió hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día llamó a si a los discípulos y escogió a doce de ellos, a los que llamó apóstoles (Lc. 6, 12-13).

— Vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo... y El oró diciendo: Padre mio, si es posible, pase de mi este cáliz (de la Pasión); sin embargo, no se haga mi voluntad sino la tuya. Y viniendo a los discípulos los encontró dormidos, y dijo: Velad y orad para que no caigáis en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca (Mt. 26, 36-41).

— El Señor está cerca de los que lo invocan, de cuantos le invocan de veras (Sal. 145, 18).

— La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada (Eclo. 35, 21).

— Orad por los que os persiguen y calumnian... (Lc. 6, 28). Toda la tierra se halla en una espantosa desolación, porque no hay quien reflexione (no hay quien ore y medite en su corazón las verdades eternas) (Jer. 12, 11).

Oración es elevación de la mente a Dios, es despegar el alma del suelo y elevarla hacia Dios. Oración es dirigir la palabra de Dios es hablar y conversar con El, para suplicarle, pedirle gracias y dárseles por tantos beneficios recibidos...

El que trabaja bajo la mirada de Dios, puede convertir su trabajo en oración: "El que hace todas las cosas según Dios, o sea, el que obra siempre bien, ora siempre" (San Beda). "El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración" (S. Basilio). Hay que orar siempre. "Para los santos el mismo sueño es oración" (S. Jerónimo). A este fin vivamos en gracia, sin olvidar el dicho de Jesucristo: *"Sin Mi nada podéis hacer"*...

La oración es el gran medio de santificación... "El que ora se salva, el que no ora se condena" (S. Alf. Mª de Ligorio). "El verdadero discípulo de Cristo debe ser un hombre de oración... ¡Cuánto mejor sería el mundo si todos los hombres supieran orar bien! (Pablo VI).

Querer hacer apostolado sin oración, es como querer coser sin hilo... "Prométeme un cuarto de oracion diaria y yo te prometo el cielo" (Santa Teresa de Jesús). Esta Santa nos habla así de la oración mental y vocal:

"Rezar el *Paternoster y Avemaría*, o lo que quisierais, es oración vocal". "Quiero enseñaros cómo habéis de rezar *vocalmente*, porque es razón entendáis lo que decís... No nos contentemos con sólo pronunciar palabras, porque cuando digo *Credo*, razón me parece será que entienda y sepa lo que creo, y cuando *Padre nuestro*, quién es el Maestro que nos enseñó esta oración".

"Si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios con más frecuencia que en palabras que digo, juntas están oración mental y vocal".

La oración mental puede y debe preceder a la vocal, para que ésta no sea rutinaria, pues conviene rezar con advertencia... "Oremos unos por otros para ser salvos" (Sant. 5, 16), y oremos con "atención, humildad y perseverancia". Recordemos los ejemplos del fariseo y del publicano, el de la hemorroisa, etc.

Paciencia

— Soportasteis una grave lucha de padecimientos... No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa. Porque tenéis necesidad de paciencia para que, cumpliendo la voluntad de Dios., alcancéis la promesa (Heb. 10, 33 y 35-36). Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna (1 Jn. 2, 25).

— En esperanza estamos salvos; que la esperanza que se ve, ya no es esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo esperarlo?; pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos (Rom. 8, 24-25).

— No ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas (2 Cor. 4, 18).

— Desterremos de nosotros el pecado que nos asedia, y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, puestos los ojos en Jesús, el cual en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz... (ante las fuertes tentaciones hemos de resistir al mal, por eso el mismo apóstol dice): Aun no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado (Heb. 12, 1-4).

— Con vuestra paciencia compraréis (la salvación) de vuestras almas (Lc. 21, 19).

— Si sufrís con paciencia las pruebas haciendo el bien, es una gracia ante Dios. A esto habéis sido llamados porque Cristo ha sufrido por vosotros, dejándonos un ejemplo para que sigáis sus pisadas (1 Ped. 2, 20-21).

La paciencia es aquella virtud por la que sufrimos con ecuanimidad los males de esta vida, sin turbarnos e intranquilizarnos interiormente, ni pronunciando exteriormente palabras o ademanes menos decorosos o convenientes.

Nuestro primer modelo de paciencia es Jesucristo, El nos dio ejemplo admirable de esta virtud en su Pasión, guardando silencio ante los que le acusaban injustamente, y si contestó a los que le dieron una bofetada, lo hizo con aquellas palabras mesuradas: "Si he hablado mal, desmuestra en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?"

"Dáis prueba de una gran virtud si no respondéis a una ofensa con otra ofensa; manifestáis una gran fuerza del alma si perdonáis al ser ofendidos; y adquirís una gran gloria si perdonáis a un enemigo a quien pudierais dañar (S. Isidoro). No vengarse es ser semejante a Dios (S. J. Crisóstomo).

La venganza es fruto de la ira (Tertulismo). Una onza de paciencia vale más que una libra de victoria (S. Belarmino).

"Se necesita más fuerza para sufrir con paciencia las adversidades, que para hacer acciones brillantes" (Santo Tomás).

La paciencia es una de las formas exquisitas de caridad... ¡cuántas felicidades destruidas y derrumbadas yacen por tierra,

sólo por falta de paciencia! Con *un poco* de paciencia ¡cuántas explosiones perjudiciales, cuantas rupturas y escándalos se hubieran impedido!... Para evitar toda desunión es necesario perseverar en la dulzura, guardar silencio, transigir un poco y apoyarnos en la prudencia y delicadeza, dejando pasar un poco de tiempo para poder hablar luego con calma. También es necesario no dejar rezar y pedir a Dios luz en nuestro obrar.

Ejemplos de la paciencia de Jesús y de la impaciencia de sus discípulos los tenemos cuando los samaritanos no le reciben, y saltan ellos: ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo?... y cuando el enemigo sembró cizaña en medio del trigo...

Padres (e hijos)

1) Padres: educad bien a vuestros hijos: Instruye al niño en su camino, que aún de viejo no se apartará de él (Prov. 22, 6).

— La vara y el castigo dan sabiduría: el muchacho consentido es la vergüenza de su madre (Prov. 29, 15). (Véanse: "*Corrección* y "*Necedad*").

— ¿Tienes hijos? Instrúyelos, doblega desde la juventud su cuello. ¿Tienes hijas? Vela por sus cuerpos, y no les muestres un rostro demasiado jovial (Eclo. 7, 25-26).

— No desees tener muchos hijos inútiles, ni te complazcas en hijos impíos. Por muchos que tengas, no te alegres de ellos si no tienen el temor de Dios. No confíes en la vida de ellos ni tengas confianza en su destino. Porque más vale uno que mil, y más morir sin hijos que tenerlos impíos. Porque por uno solo sensato prospera la ciudad... (Eclo. 16, 1-5).

— El que ama al hijo le habitúa a los azotes, para que al fin pueda complacerse en él. El que educa bien a su hijo se gozará en él y podrá gloriarse en medio de sus conocidos. El que enseña a su hijo será

envidiado de su enemigo y ante sus amigos se regocijará en él...

— El que mima a su hijo tendrá luego que vendarle las heridas, y a cada grito suyo sentirá que se le conmueven las entrañas. Caballo no domado se hace indocil, y el hijo abandonado se torna díscolo. Halaga a tu hijo y te hará temblar; juega con él y te dará pesares...

— En su juventud no le des largas y no disimules sus faltas. Doblega su cuello en la juventud y tunde sus espaldas mientras es niño, no se vuelva terco y desobediente. Educa a tu hijo y aplícale al trabajo, no vengas a tropezar por su torpeza (Eclo. 30, 1-13). Vela sobre tu hija (Eclo. 42, 9-14).

2) Hijos, obedeced a vuestros padres: Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolongue tu vida sobre la tierra (Ex. 20, 12).

— De todo corazón honra a tu padre, y no te olvides de los dolores de tu madre. Acuérdate de que les debes la vida. ¿Cómo podrás pagarles lo que han hecho para ti? (Eclo. 7, 29-30).

— El que honra al padre expía sus pecados, y el que tributa honor a su madre es como quien acumula tesoros (Eclo. 3, 4-5).

— Guarda los mandatos de tu padre, y no des de lado las enseñanzas de tu madre (Prov. 6, 20). El que roba a su padre y dice que no es malo, es digno compañero del bandido (Prov. 28, 24).

— Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es agradable a Dios (Col. 3, 20).

— Quien teme al Señor, honra a sus padres; y sirve como a señores a los que le dieron el ser. Honra a tus padres con obras y con palabras y con toda

la paciencia, para que venga sobre ti su bendición... (Eclo. 3, 8-10).

— Hijo, acoge a tu padre en la vejez, y no le des pesares en la vida. Si llega a perder la razón, muéstrate con él indulgente, y jamás le desprecies porque estés tu en plenitud de fuerza; porque la piedad con el padre no será echada en olvido (Eclo. 3, 14-15).

— Como un blasfemo es quien abandona a su padre, y será maldito del Señor quien irrita a su madre (Eclo. 3, 18).

"No hay autoridad que no esté puesta por Dios..." (Rom. 13, 1). Nuestro deber es obedecer a la autoridad legítimamente constituida, pues la autoridad del que nos manda viene en último término de Dios en cuanto que El es el autor de la vida religiosa y social del hombre. La sociedad humana, que tiene por base la familia, ha sido querida por Dios desde sus orígenes.

San Juan Crisóstomo resume así las obligaciones de los hijos y los padres: "El honor y la reverencia a los padres constituyen la base maravillosa del camino a la virtud..., porque, en primer lugar, los padres, después de Dios, son los autores de la vida y es nuestro deber honrarlos...

Los padres no deben irritar a los hijos tratándolos como si fueran criados..., sino educarlos en la corrección y en la disciplina..., instruirlos en las Sagradas Escrituras. No mimar tanto al hijo que tengan luego que vendarle las heridas. No te recomiendo que les infundes miedo, sino respeto digno. Tienes la casa adornada con estatuas de oro. Son tus hijos; límpiales, adórnalas, cuídalas".

"Castiga a tu hijo, que siempre hay esperanzas, pero no te excites hasta destruirle" (Prov, 19, 18). La corrección ha de evitar los dos extremos, de una condescendencia blandengue y de una excesiva severidad.

Paz

— (El saludo de Jesús fue éste): La paz sea con vosotros (Jn. 20, 21). Vivid en paz unos con otros (Mc. 9, 50).

— Dios no es Dios de confusión, sino de paz (1 Cor. 14, 33). Bienaventurados los pacíficos (o constructores de la paz), porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mt. 5, 9).

— Gloria a Dios en el cielo y la tierra paz a los hombres... (Lc. 2, 14).

— Nos ha nacido un Niño, Dios fuerte, Príncipe de la paz... (Is. 9, 6). Este será la paz (Miq. 5, 5).

— Dios dice: Si guardáis mis mandamientos... daré paz a la tierra (Lev. 26, 3-6). Para los impíos, dice el Señor, no hay paz (Is. 48, 12).

¿Qué es la paz? No es fácil definirla, como no es fácil tampoco decir qué es la salud. Se comprenden mejor cuando faltan, porque cuando no hay paz, hay guerra; cuando no hay salud, hay enfermedad.

Pablo VI dijo: La paz no se apoya en una falsa retórica de palabras, sino en la verdad, en la justicia, en la libertad y el amor; pero hay muchos de los que gobiernan la apoyan en la mentira, en armamentos destructores...“ Hablan de paz y no tendrán paz”.

La paz es posible donde hay hombres que se quieren y se perdonan que reparten el pan entre todos. Las verdadera paz está en buena conciencia; en las buenas relaciones con Dios y consigo mismo.

La verdadera paz es liberación de las pasiones. Kempis nos los dice así: No hay verdadera paz en el corazón del hombre que vive según la carne... sino en el que resiste a las pasiones y no se doblega a ella...

“Cuesta vivir pacíficamente con gente intratable y pendenciera que contradicen a cada paso; pero es una gran gracia saberles

soportar, pues nuestra paz en esta vida miserable consiste más en soportar humildemente la adversidad que tenerla... El que mejor sepa padecer, mayor paz tendrá.

"Hay quienes aparecen insoportables, pues no tienen paz en ellos mismos, ni dejan que los otros la tengan. Tu procura mantenerte en paz y procura que los demás la tengan a su vez... Podríamos gozar de una gran paz si no nos ocupáramos de los dichos y hechos de los demás, por no ser de nuestra incumbencia".

"Mejor es un pedazo de pan seco en paz que la casa llena de carne de victimas y de contiendas" (Prov. 17, 1).

Si quieres tener paz y vivir en paz procura no hablar mal de nadie... La paz verdadera anida en las almas que viven en gracia...

Pecado

— El pecado es la transgresión de la Ley de Dios (1 Jn. 3, 4).

— ¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres. Toda iniquidad es como espada de dos filos... (Eclo. 21, 2-4).

— No digas: He pecado, ¿qué mal ha sucedido? Porque el Señor es paciente... Y no digas: Grande es su misericorida. El perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores (Eclo. 5, 4-7).

— Lejos de nosotros querernos rebelar contra el Señor y apartarnos de El (Jos. 22, 29).

— (Todos los hombres son pecadores): Cierto, no hay justo en la tierra que haga sólo el bien y no peque (Ecl. 7, 20). Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios (Rom. 3, 23).

— (El remedio del pecado: la Redención): Por Adán entró el pecado en el mundo... y ahora por el segundo Adán, Cristo, es por quien recibimos la redención (Rom. 5, 12 ss).

— El se entregó a Sí mismo por la redención de todos (1 Tim, 2, 8). Y todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo (2 Cor. 5, 18).

— A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros para que en El fuéramos justicia de Dios (2 Cor. 5, 21).

— (Los que viven en pecado mortal) tienen el nombre de vivientes, pero están muertos (Apoc. 3, 1). El que comete pecado es esclavo del pecado (Jn. 8, 34).

— Jesús dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados... ¿Quién puede perdonar los pecados, sino Dios? (Lc. 5, 20-21).

— Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1, 9).

— Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente (Lc. 13, 5). Arrepentíos y creed en el Evangelio (Mc. 1, 15). He venido a llamar a los pecadores a penitencia (Lc. 5, 32).

El pecado es lo opuesto a la santidad; es una gran ofensa a Dios y una ingratitud... El pecado, dice San Agustín, es la causa de todos los males. Para comprender la malicia del pecado mortal basta ver cómo Dios lo castiga: Por un solo pecado y éste de pensamiento, Dios castigó a los ángeles rebeldes y quedaron convertidos en tizones del infierno (2 Ped. 2, 4), por un pecado de desobedediencia, Dios arrojó a nuestros primeros padres del paraiso, y el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas...

La malicia del pecado mortal nos la revelan otros muchos cas-

tigos: los diluvios de agua y fuego, las penas eternas del infierno, la Pasión de N. S. Jesucristo,... las guerras y males existentes, etc.

A causa del pecado, Dios se hizo hombre, sufrió y murió. ¡Cuánto debemos aborrecer el pecado!. Los que viven en pecado mortal atraen males y castigos..., en cambio, las almas en gracia atraen bendiciones y son pararrayos de los castigos de la justicia divina.

El suplicio de cada hombre viene de su pecado, y su iniquidad se convierte en castigo (San Agustín).

Después del pecado y de la pasión satisfecha, lo único que queda es la vergüenza, la confusión y el arrepentimiento.

Mientras no renuncies de corazón el pecado, no habrá cambio *real* en tu vida. Esfuérzate por salir del pecado mediante una confesión sincera y vivir en gracia. Dios no quiere la muerte del pecador y espera a todos al arrepentimiento.

Reflexión (Prudencia)

— El simple todo lo cree, el prudente pone atención a sus respuestas... El que presto se enoja hará locuras, pero el hombre reflexivo no se impacienta (Prov. 14, 15 y 17).

— Aprende dónde está la prudencia, donde la fortaleza, donde la inteligencia, para que a la vez conozcas dónde está la larga vida y dicha, dónde la luz de los ojos y la paz (Bar. 3, 14).

— El prudente ve el peligro y se esconde, el simple sigue adelante y la paga (Prov. 27, 12).

— El carecer de reflexión no es cosa buena, pero el que además es precipitado en su obrar, la yerra. La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios (Prov. 19, 2-3).

— La cordura del hombre detiene su cólera, y es honroso disimular una ofensa (Prov. 19, 11).

Muchos le echan la culpa a Dios de sus males y nos quejamos de su Providencia, cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

"Disimular la ofensa". El hombre cuerdo disimula las ofensas y excusas los defectos del prójimo, porque conoce muy bien la debilidad de la naturaleza humana y la violencia con que nos asaltan a veces las pasiones.

La prudencia nos enseña a examinar con *discrepción* lo que es bueno para practicarlo y lo que es malo para evitarlo, lo que es verdadero y lo que es falso... No pide además reflexión y discrepción en el hablar, en el trabajo, en el vestido... en cuantas cosas hacemos...

La prudencia también nos enseña a ser, dóciles, a saber aconsejarnos de los más prudentes, a escuchar con paciencia..., a hacer las cosas con diligencia, a no dejar para después lo que puedes hacer ahora y a hacerlas a su debido tiempo.

El hombre prudente, según San Bernardo, no hace nada sin haber examinado y previsto estas tres cosas: 1ª, si lo que desea hacer está permitido; 2ª, si es conveniente, y 3ª si es ventajoso.

"No obreis pronto sino después de haber examinado y cuidadosamente; no reflexionar es locura". La prudencia es la ciencia de los santos.

Respeto humano

— (San Pablo dice): Yo no me avergüenzo del Evangelio (Rom. 1, 16).

— Quien se avergonzare de Mi y de mis palabras, dice Jesucristo, de él se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles (Lc. 9, 26).

— A todo el que me confesaré delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos (Mt. 10, 32-33).

— Muchos de los jefes creyeron en Jesucristo;

pero por causa de los fariseos no lo confesaban, por miedo a ser excluidos de la sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la de Dios (Jn. 12, 42-43).

— Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo (Gál. 1, 10).

El respeto humano es un excesivo miramiento a lo que los hombres juzgarán o dirán de nosotros, de nuestras palabras o acciones. El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de caracter. Cuántos obran así: ¿qué dirá, qué se pensará si hago o no tal cosa? ¿No es acaso una bajeza y una locura avergonzarse de hacer una obra buena, o sea, de aquello de que debiéramos gloriarnos ante Dios? Nada desagrada, envilece y deshonra al hombre como el respeto humano.

Por una contrariedad o una palabra de desaprobación, muchos sacrifican el deber, y hasta llegan a hacer el mal por complacer a los demás, aparentando ser peores de lo que son en realidad...

Jamás busquemos agradar a los hombres que se apartan de la Ley de Dios. "Teme a Dios y no te espantes de los hombres" (Kempis). ¡Sé viril, sé hombre! No te avergüences jamás de ser un buen cristiano o buen cuidadano católico.

Riquezas

— No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Mt. 6, 19-21).

Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida... Vuestro oro y vuestra plata comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros... (Sant. 5, 1-3).

— ¡Ay de los que añaden casas a casas, de los

que juntan campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios... (Is. 5, 8).

— A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida (1 Tim. 6, 17-19).

— Bienaventurado el varón irreprensible que no corre tras el oro. ¿Quién es éste que le alabamos? Porque hizo maravillas en su pueblo? (Eclo. 31, 8-9).

— Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón (Sal. 62, 11).

— Teniendo con que comer y vestir, ya debemos estar contentos (1 Tim. 6, 8).

— Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt. 6, 33).

Las riquezas, como don de Dios, son buenas; lo que es malo es su abuso. El rico Epulón se condenó no por ser rico, sino por haber usado mal sus riquezas. Las riquezas son un manantial de placeres y de crímenes. Al rico que tiene su corazón en las riquezas, éstas le conducen al lujo, el lujo a la lujuria, la lujuria a la indiferencia, la indiferencia a la incredulidad, a la herejía, a la idolatría...

"Las riquezas no son en sí pecado; pero es un pecado no distribuirlas a los pobres y emplearlas en el mal" (S. J. Crisóstomo).

La gloria de las riquezas no brilla en las mesas espléndidas, sino en los socorros distribuidos a los desgraciados...

"Las riquezas afluyen a las manos de los que las distribuyen con largueza (S. Clemente de Alejandría).

No olvides el dicho de Jesucristo: *"Hay mayor dicha en dar que en recibir"* (Hech. 20, 35).

"Tratáte como huesped y peregrino sobre la tierra, a quien

no le va nada en los negocios del mundo..., porque aquí no tienes domicilio permanente'' (Kempis).

''Mis padres me han dejado una herencia, ¿qué hago con ella? Respondió el anciano: ¿qué quieres que te diga?... Si te digo: ''Dásela a tus parientes'', no tendrás recompensa alguna. Si quieres oirme, dásela a los necesitados y te librarás de inquietudes'' (Un eremita).

El que no puede llevar consigo lo que tiene no es rico; porque lo que tenemos que dejar aquí en la tierra, no nos pertenece, es de los demás (S. Ambrosio).

Las riquezas de la tierra no son verdaderas riquezas, tenemos que aspirar a las eternas... *''Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él...'' (1 Tim. 6, 7).*

Sabiduría

— (Dios es la fuente de la sabiduría y dador de ella): Toda la sabiduría viene del Señor y con El está siempre. La arenas del mar, las gotas de la lluvia y los días del pasado, ¿quién podrá contarlos? La altura de los cielos, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo y la sabiduría, ¿quién podrá explorarlos?... La fuente de la sabiduría es el Verbo (la palabra) de Dios en las alturas y sus caminos los mandamientos eternos (Eclo. 1, 1-5).

— El sondea las huellas del abismo y del corazón y entiende sus maquinaciones, porque el Señor conoce toda ciencia (Eclo. 42, 18-19).

— Grande y poderoso es nuestro Señor, y su sabiduría no tiene límites (Sal. 147).

— En Cristo se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2, 3).

— Dios de la sabiduría y de su boca derrama ciencia e inteligencia (Prov. 2, 6).

— No te tengas por sabio; teme a Dios y evita

el mal (Prov. 3, 7). Porque en el alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en el cuerpo esclavo del pecado (Sab. 1, 4). La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (1 Cor. 3, 19).

— El principio de la sabiduría es el temor de Dios: conocer al Santo, eso es inteligencia (o sea, conocer a Dios es el fundamento de toda ciencia) (Prov. 9, 10).

El verdadero sabio es el que conoce a Dios, al Supremo Hacedor de cuanto existe y causa primera, de todas las causas... El "principio", el fundamento o base sólida de la verdadera sabiduría "es el temor de Dios", o sea, la práctica de la religión. San Pablo la cifra en el conocimiento de Jesucristo y de Este crucificado (1 Cor. 2, 1-2).

San Bernardo dice: El sabio es el que ve las cosas tales como son en sí mismas, es decir, las cosas divinas como divinas, las humanas como humanas, y distingue las eternas de las transitorias...

Los sabios son los que buscan la sabiduría; los necios piensan ya haberla adquirido (Napoleón). El saber es la parte más considerable de la felicidad (Sócrates). Si quieres parecer sabio, trabaja por serlo (Vives). Los conocimientos hacen a los hombres mansos y suaves (Montesquieu). Poca ciencia aleja muchas veces de Dios, y mucha ciencia conduce siempre a El (Cacón).

"Más vale saber que haber" (Refrán). El mejor ornato de la sabiduría es la humildad. Poco sabe, por mucho que sepa, quien no sabe hablar de dignidad y limpieza.

Los que conocen a Dios o conociéndole no le glorifican, *"alardeando de sabios, son necios"* (Rom. 1, 21-22).

Santidad

— Dios nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos (Ef. 1, 4) (y nos invita a la santidad): Sed santos, porque Yo soy santo (Lev.

9, 2). Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt. 5, 48) (y debemos serlo en la medida que nos es posible).

— Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación (1 Tes. 4, 3). Pero ahora libres de pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin la vida eterna (Rom. 6, 22).

— Os ruego que, como peregrinos, os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el alma (1 Ped. 2, 11), llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Cristo... (2 Cor. 4, 10).

— Como hijos de obediencia, no os conforméis a las concupiscencias que primero teníais en vuestra ignorancia, antes, conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo vuestro proceder, porque escrito está: Sed santos, porque Yo soy santo (1 Ped. 1, 14-16).

— El reino de los cielos padece violencia, y los que se la hacen lo arrebatan (Mt. 11, 12).

¿Qué es la santidad? Según los Evangelios es vida de gracia, de unión con Dios... Esto supone vencimientos, sacrificio, cumplimiento de la Ley de Dios y del propio deber.

La vida de gracia es una vida nueva que se recibe a modo de germen en el bautismo, la que ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno mediante la misma gracia y el esfuerzo personal.

El Conc. Vaticano II nos dice: "Todos estamos llamados a la santidad, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a los fieles porque Cristo es santo...", y nos enseña cómo podemos santificarnos cumpliendo con el deber en el propio estado...

Para ser santos la virtud más necesaria es la fortaleza, quererlo de veras, no limitarse a decir: "quiero ser santo", sino que estoy dispuesto a todos los sacrificios y pone los medios para adquirir la santidad...

A los santos les costaba domar las pasiones y sus brusquedades, ceder a su parecer... y con el tiempo y la constancia lograron dominarse.

No está la santidad en el verbo: trabajar... orar... hacer, actuar... Está en el adverbio: plenamente, cuidadosamente, exactamente, o sea, con la perfección posible.

No eres santo porque te alaban, ni peor porque digan de ti cosas censurables, eres sencillamente lo que eres. El hombre mira las acciones, Dios pesa las intenciones (Kempis).

La santidad es ausencia de pecado, vida de gracia y amor a Dios y al prójimo.

Sentencias varias

— Los regalos y las dádivas ciegan los ojos de los jueces, y las cierran los ojos para no corregir (Eclo. 20, 31).

— Por el semblante es conocido el hombre, y por el aire de la cara se conoce al que es juicioso. La manera de vestir, la risa de los dientes y el caminar del hombre dicen lo que es (Eclo. 19, 26-27).

— El impío con su boca arruina al prójimo, el justo con su sabiduría le salva. La prosperidad del justo alegra a la ciudad, y cuando perece el impío hace fiesta. Donde no hay gobierno va el pueblo a la ruina (Prov. 11, 9 ss).

— En el bombo se echan las suertes, pero es Dios quien da la decisión (Prov. 16, 33).

— En tres cosas se complace mi alma, hermosas ante el Señor y ante los hombres: La concordia entre hermanos, la amistad entre los prójimos y la armonía entre la mujer y marido (Eclo. 15, 1-2).

— Ni a tu hijo, ni a tu mujer, ni a tu hermano, ni a tu amigo des poder sobre ti, ni entregues a otro (si no andas sobrante) tus bienes, no sea que arre-

pentido, tengas que pedirles a ellos. Mientras en ti haya aliento de vida, no te entregues a nadie; porque mejor es que te rueguen tus hijos que no verte en manos de ellos. En todo lo que haces sé el dueño. No eches mancha en tu honor. Al fin de los días de tu vida, al tiempo de la muerte, distribuye tu heredad (Eclo. 33, 20-24).

— El camino derecho es apartarse del mal (Prov. 16, 17). Traza el corazón del hombre sus caminos, pero es Yahvé quien dirige sus pasos (Prov. 16, 9).

Silencio

— Todo tiene su tiempo, y todo cuanto se hace abajo bajo el sol tiene su hora... Hay tiempo de callar y tiempo de hablar... (Ecl. 3, 1 y 7).

— Si alguno cree ser religioso y no refrena su lengua, seduce su propio corazón y su religión es vana (Sant. 1, 26).

— En el mucho hablar no faltará pecado. El que refrena sus labios es sabio (Prov. 10, 49).

— El malvado se enreda en pecados de la lengua, el justo se libra de ellos (Prov. 12, 13).

La Sagrada Escritura alaba el silencio, y es considerado como un "medio precioso" para la formación, porque acostumbra al individuo al dominio de sí mismo y a la reflexión y le proporciona un clima ideal para la vida de recogimiento, de estudio y de oración. "En el silencio y el recogimiento el alma hace progresos" (Kempis).

El Hermano Rafael, Trapense, escribió: "El silencio de la Trapa no es silencio... es un silencio que dice: No metas ruido, hermano, que estoy hablando con Dios... El silencio es necesario para la oración, para no faltar a la caridad... El tener quieta

la lengua hace descansar el corazón... Por el alma silenciosa nacen los pensamientos de Dios''...

¿Queréis aprender a hablar? Guardad silencio y reflexionad en él lo que tenéis que decir y cómo débeis decirlo... Escuchad, ved, callad y tendréis la paz en el alma. ''El silencio es el sello del hombre sabio y prudente'' (San Bernardo).

El Vaticano II nos habla del silencio y de la soledad como de algo esencial en la vida contemplativa... Hay dichos elocuentes hablando del silencio. He aquí algunos de los preferidos por varios filósofos de la antiguedad:

''El silencio no daña a nadie, y romperlo es muchas veces perjudicial'' (Catón). El que no sabe callar no sabe hablar (Séneca).

''Ya me he arrepentido muchas veces de haber hablado, jamás de haber callado'' (Simónides).

''Sólo en dos ocasiones has de hablar: cuando sepas de fijo lo que vas a decir y cuando no lo puedas excusar. Fuera de estos casos, es mejor el silencio que la plática'' (Sócrates).

''La dignidad del silencio es la corona del hombre'' (Eurípides) ''soledad, silencio, oración constante en alegre penitencia dan frutos de fecundo apostolado'' (Pablo VI).

''Tanta dificultad debíamos tener en abrir la boca para hablar como en abrir la bolsa para pagar'' (S. Vicente Ferrer).

''El silencio es el elemento en que se forman todas las cosas grandes'' (T. Coryle). Ten presente este lección:

— Callar de sí mismo, humildad.
— Callar defectos ajenos, caridad.
— Callar palabras inútiles, penitencia.
— Callar a tiempo, prudencia.
— Callar en el dolor, heroismo.

Soberbia

— No te dejes llevar de la soberbia. La soberbia es odiosa a Dios y a los hombres... ¿De qué te ensoberbeces polvo y ceniza?... El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor su

corazón, porque el principio de todo pecado es la soberbia (Eclo. 10, 6-13).

— Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia (1 Ped. 5, 5).

— No te ensoberbezcas en tu corazón..., porque en el orgullo está la perdición y el desorden; es el principio de todos los males (Tob. 4, 14).

— Si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña (Gál. 6, 4).

— ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido ? (1 Cor. 4, 7).

Hay siete pecados o vicios que llamamos "capitales", porque son cabeza, fuente o raiz de todos los demás pecados. Todos estos siete vicios constituyen cierto ejército infernal, cuyo jefe es la soberbia.

La soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir es no estimar a los otros y querer ser preferido a ellos.

"Del orgullo nace el desprecio a los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y el deseo de la gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de sus superiores ni de sus inferiores" (S. J. Crisóstomo).

Gran mal es apegarse a las ideas y voluntad propias sin oir antes el parecer de las personas prudentes. "Por no haberse querido hacer discípulos de la verdad, los orgullosos han venido a ser maestros del error" (S. Agustín).

"De todos los orgullosos del más insoportable es el que cree saberlo todo (Filodemo). El orgullo es el complemento de la ignorancia (Fontenella).

Temor de Dios

— El temor de Dios es el principio de la sabiduría (Prov. 1, 7).

— El temor de Dios expulsa el pecado (Eclo. 1, 27). El temor de Dios odia el mal (Prov. 8, 13).

— Al que teme al Señor le irá bien en sus postrimerías, y el día de su fin hallará gracia (Eclo. 1, 13).

— Bienaventurado el que teme al Señor y anda por sus caminos (Sal. 128, 1).

— Temed al Señor vosotros sus Santos (Sal. 34, 10). Los que teméis al Señor, bendecidle (Sal. 135, 20).

— La mujer que teme al Señor esa será celebrada (Prov. 31, 30).

— De Judit nadie podía decir una palabra mala porque era temerosa de Dios (Judit 8, 8).

— Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo (es decir, esta es la razón de su existencia) (Ecl. 12, 13).

— Aún del pecado expiado no vivas sin temor, y no añadas pecados a pecados... (Eclo. 5, 5).

— El temor de Yahvé lleva a la vida, el que de El está lleno no será visitado por la desventura (Prov. 19, 23).

— No te tengas por sabio, teme a Dios y evita el mal (Prov. 3, 7).

"El temor de Dios", o sea, la práctica de la religión, es "el principio", el fundamento, la base de la verdadera sabiduría.

"El hombre sin religión es cual caballo sin freno" (refrán chino).

El temor de Dios del cual nos habla con frecuencia la Sagrada Escritura, no es el miedo o el temor servil, sino el temor que honra al Señor, que incluye el amor y teme ofenderle.

El verdadero temor es aquel con que tenemos que cometer el pecado, no sólo por miedo al castigo, sino principalmente por la ofensa que hacemos a Dios. El que teme a Dios no quiere ofen-

derle. Por eso dice el Eclesiastés: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos.*

Hemos de temer, porque podemos caer: *"El que cree estar en pie, tema no caiga"* (1 Cor. 10, 12). Los medios para adquirir el temor de Dios, son: Ir en su presencia y ser fieles a sus mandamientos.

Tiempo (brevedad de la vida)

— El tiempo es breve..., el aspecto de este mundo pasa rápidamente... Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo (1 Cor. 7, 29-31).

— El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita (Job. 14, 1).

— Los días de nuestra vida son setenta años, y ochenta en los más robustos: pero también la robustez es apariencia, un nada, porque se corta en un instante, y volamos... Enséñanos a contar nuestros días para que adquiramos un corazón sabio (Sal. 90, 10 y 12).

— Pocos son los años que me restan, y es sin vuelta el camino por donde voy (Gál. 2, 9-10).

— Vivid con el temor el tiempo de vuestra peregrinación (1 Ped. 1, 17).

— Este es el tiempo de salvación, este es el tiempo aceptable (2 Cor. 6).

— El tiempo (de dar cuenta a Dios) está próximo (Apoc. 1, 3).

— ¿Qué es nuestra vida? Humo que aparece un momento y al punto se disipa (Sant. 4, 15). Nuestra vida es el paso de una sombra (Sab. 2, 5).

El tiempo que hemos vivido ya ha pasado, y el que nos queda de vida pasará en breve y pasará ¡para siempre! El tiempo trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... El nos trae al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él... Todos entramos en la vida con la ley de abandonarla...

El tiempo en sí mismo, apreciado por horas, días y años, no es nada; pero considerado como medio para adquirir la virtud y llegar a la eternidad feliz, o sea, a la posesión eterna de Dios, es de precio inestimable. Se dice que "el tiempo es oro", porque con él se adquieren las riquezas...; más para el cristiano es más que el oro. Es la moneda con la que hemos de comprar y merecer el cielo obrando bien.

¡Cuántos días y quizá cuantos años hemos pasado pecando! ¿cómo no repararlos, haciendo penitencia y mudando inmediatamente de vida? Uno de los mayores pecados que podemos cometer es perder los preciosos momentos de tiempo que Dios nos ha dado para hacer el bien. Por eso el apóstol nos dice: *"Mientras disponemos del tiempo obremos el bien"*. Y para emplearlo bien evitemos la ociosidad...

Suceda lo que suceda, aún en los tiempos más borrascosos, las horas y el tiempo pasan... "¿Por qué no hemos de aprovechar los buenos momentos, ya que el tiempo pasa tan aprisa?" (Beethoven).

No imitemos a los charlatanes, que son ladrones del tiempo. Obremos siempre bien y nada temas; pero si obras mal, todo puedes temerlo". Siendo el fin de nuestra vida tan incierto, vivamos preparados para la eterna.

"El tiempo, dice San Agustín, no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte el que día que creemos disfrutar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida".

Tengamos presente que el tiempo es la moneda con la cual hemos de comprar el cielo.

Trabajo

— El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (Job. 5, 7).

— (Dios dijo a Adán): Por tí (por tu pecado) será maldita la tierra. Con trabajo comerás de ella el tiempo de tu vida... y con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido formado... (Gén. 3, 17-19).

— El que labra la tierra tendrá pan abundante, el que se va con los ociosos se hartará de pobreza (Prov. 28, 19).

— No hemos vivido entre vosotros en ociosidad..., y mientras estuvimos entre vosotros, os advertíamos que el que no quiera trabajar que no coma (2 Tes. 3, 7 y 10).

— La ociosidad enseña muchas maldades (Eclo. 33, 29). El que se abandona a la ociosidad es un insensato (Prov. 12, 11).

— Ve, oh perezoso, a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reune su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica miel... ¿Hasta cuándo, perezoso dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?... (Prov. 6, 6-11).

— ¡Cómo estáis aquí todo el día ociosos?... Id también vosotros a mi vida (Mt. 20, 6-7).

El trabajo es una ley *universal* que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado (Gén. 3, 19). Nadie está dispensado del trabajo, ni ricos

ni pobres, y nos obliga a todos como hombres, como pecadores y como cristianos.

1) Como hombres. "El hombre nace para trabajar, como el ave para volar" (Job. 5, 7). Es una ley natural impuesta por Dios a nuestros primeros padres, pues los colocó en el paraíso terrenal para cultivarlo y guardarlo (Gén. 2, 15).

2) Como pecadores. Al pecar Adán, el pecado, que antes de su pecado no tenía razón de pena, se convirtió en castigo, que Dios impuso a él y a sus descendientes. Hoy el trabajo es una ley *santificadora,* una ley preservadora del mal, pues si el trabajo no nos ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los males.

3 Como cristianos. Somos seguidores de Cristo, y El nos enseñó con su ejemplo la obligación del trabajo, pues fue ¡el obrero de Nazaret! al lado de San José, y "todo lo hizo bien" (Mc. 7, 37), y luego en su vida pública nos enseñó con las parábolas de los talentos y de los obreros de la viña a no estar ociosos...

Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: la inocencia, la paciencia, la fuerza. "Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos" (San Jerónimo).

El aburrimiento es una enfermedad cuyo remedio es el trabajo "Para el hombre ocupado no hay día largo" (Séneca).

Trabajar por Dios; descansar por Dios; servir por Dios. Es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto! (Véase Encíclica *"Labores exercens)* de Juan Pablo II).

Vanidad

— Vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol? (Ecl. 1, 2-3).

— Me puse a observar sobre todo cuanto hay bajo los cielos. Es una dura labor dada por Dios a los hijos de los hombres, para que en ella se ocupen. Miré cuanto se hace bajo el sol, y vi que todo era vanidad y aflición de espíritu (Ecl. 1, 13-14).

— El que ama el dinero no se ve harto de él, y el que ama los tesoros no saca de ellos provecho alguno; también esto es vanidad (Ecl. 5, 9).

¡Cuántos afanes inútiles! Hay otro más grave que he visto debajo del sol: riquezas guardadas para mal de su dueño. Pues piérdese esas riqueza por un infortunado suceso, y los hijos que engendró ya no tienen nada en la mano.

Desnudo como salió del seno de su madre, así volverá para ir como vino, sin recibir nada de su trabajo... También esto es una desdicha enorme; que precisamente como vino, así se haya de volver. ¿Qué le aprovecha el haber trabajado para el viento? (Ecl. 5, 12-15).

— Consideré el trabajo que Dios ha dado a los hombres para que en él se ocupen. Todas las cosas hizo El buenas a su tiempo, y hasta puso la eternidad (o idea de perduración) en sus corazones, sin que el hombre pueda comprender la obra de Dios desde el comienzo hasta el fin. Y conocí que no hay cosa mejor para ellos que alegrarse y procurarse el bienestar en su vida (sin ofender a Dios), y si el hombre come y bebe y goza del fruto de su trabajo, también esto es un don de Dios...

— Aun más vi debajo del sol: en el puesto del derecho sentada la maldad, y en lugar de la justicia, la iniquidad de los oprimidos, sin tener quien los consuele y sujetos a la violencia de sus opresores sin tener consolador... Entonces me dije: "Dios juzgará al justo y al injusto... porque todas las cosas tienen su tiempo" (Ecl. 3, 10-18).

— Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud... antes que el polvo se vuelva a la tierra de donde salió, y el espíritu retorne a Dios que le dio el ser (Ecl. 12, 1 y 7).

El rey Salomón después de haber gozado de toda clase de riquezas, honores y placeres, exclamó al fin de su vida: *Vanidad de vanidades y todo vanidad.* Por eso el Kempis añade: Todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle.

"Vanidad quiere decir cosa vana, inútil de ningún valor, cosa que se devanece... "En comparación de los biens eternos todo es vano, hasta los bienes temporales (S. Greg. Magno).

"Vanidad es desear una vida larga sin cuidar que sea buena. Vanidad es atender únicamente a la vida presente y cerrar los ojos a la que está por venir... Haz lo posible por apartar tu corazón de las cosas visibles y adherirlo sin cesar a las invisibles" (Kempis).

Hay quienes se envanecen por sus vestidos, y "los que se envanecen por ellos, se envanecen por una cosa que los gusanos engendran y devoran" (S. J. Crisóstomo).

Si el hombre trabaja para el tiempo únicamente, vano es su trabajo, siendo así que ha nacido para trabajar y vivir para la eternidad. Piensa frecuentemente en esto: ¡Vivo para la eternidad!

Vocación
(Es una llamada de Dios)

1) El Señor llamó a Abraham: Sal de tu tierra,

de la casa de tus padres para el país que yo te mostraré... y Abraham salió de su tierra como se lo había mandado el Señor (Gén. 12, 1-4). Por la fe Abraham, al ser llamado, obedeció y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber a donde iba (Heb. 11, 8).

2) A Moisés Dios le llamó de en medio de la zarza: ¡Moisés, Moisés! El respondió: Heme aquí... Y el Señor le dio esta misión: El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mi, y he visto la opresión que sobre ellos hacen pesar los egipcios: Ve, pues; yo te envio al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto... Yo estaré contigo (Ex. 3, 4 ss).

3) A Josué Dios le dijo: "Moisés, mi siervo ha muerto. Alzate ya, pues, y pasa ese Jordán, tú y tu pueblo, a la tierra que Yo doy a los hijos de Israel... Nadie podrá resistir ante ti... Yo seré contigo como fui con Moisés. Esfuerzate, y ten ánimo... (Jos. 1, 1-7).

4) Gedeón, fue llamado por un ángel del Señor, que le dijo: Ve y con la fuerza que tu tienes libra a Israel de las manos de Madián... Yo soy quien te envia... Yo estaré contigo y derrotarás a Madián... (Juec. 6 , 14 s).

5) Samuel, al oír la voz del Señor: ¡Samuel, Samuel!, contestó: Heme aquí: Habla, Señor, que tu siervo te escucha... Samuel llegó a ser grande, y Yahvé estaba con él (1 Sam. 3).

6) Jesús otro día "llamó a sus discípulos y de entre ellos eligió a doce a los que llamó apóstoles (Lc. 6, 13); llamó a sí a los que quiso (Mc. 3, 13).

— Esforzaos en asegurar cada día más y más

vuestra vocación y elección por medio de vuestras obras... (2 Ped. 1, 10).

— Nadie que, después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el reino de Dios (Lc. 9, 62).

La vocación es un llamamiento divino. Dios llama a unos y a otros de diversas maneras. Antiguamente Dios habló a Abraham, a Moisés y a los profetas para darles una misión (y les habló bien desde la nube como a Moisés, o bien en sueños por medio de un ángel o mensajero suyo...), y cuando se hizo hombre y vino a la tierra, eligió de entre sus discípulos a doce, a los que llamó apóstoles.

A unos como a Pedro, Andrés, Santiago y Juan les dijo: "*Venid en pos de Mi y os haré pescadores de hombres*", y a Mateo personalmente le dijo: "*Ven, sígueme*"...

Actualmente Dios llama a las almas a cierto estado de vida (notemos que los diversos estados de vida son: el sacerdotal, el religioso o estado de virginidad en el claustro o en el mundo y el matrimonio), y se vale ya de los padres, de sacerdotes o de los medios ordinarios para conocer nuestra vocación.

Estos medios son: *Disposición* (condiciones físicas y morales); *intención recta* (el logro de la perfección) y *atractivos manifiestos, inclinaciones constantes*.... En caso de duda se debe consultar a personas sabias y experimentadas.

La Iglesia hoy tiene necesidad de vocaciones para cumplir su misión... Hay escasez. El Papa pide sacerdotes para América, para todas partes del mundo... Hay seminarios y conventos vacíos, defecciones sacerdotales y religiosas...

Las causas de esta disminución de vocaciones son: *1) La falta de fe* (influyendo mucho el mal de los padres, los caminos y egoismo de la juventud...); *2) el poco vencimiento de las pasiones*, el escaso conocimiento del valor de la virginidad. Ya dijo Jesucristo: "*No todos entienden esto* (la decisión de ser vírgenes). *sino aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos* (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), *que se hicieron*

tales a sí mismo por el reino de los cielos. El que sea capaz de esta doctrina que la siga" (Mt. 19, 11-12).

El celibato es joya y honor de la Iglesia y tanto éste como la castidad virginal encierra grandes excelencias y prerrogativas y su belleza es excelsa; pero las almas piensan poco esto y se dejan arrastar de sus pasiones... Los jóvenes al pensar en el sacerdocio deben reconocer que el sacerdote es *otro Cristo* y es la más excelsa dignidad.

La virginidad es un don de Dios y no a todos es concedido, sino a los que desean sinceramente y están dispuestos a luchar con la concupiscencia de la carne, y a este fin piden ayuda a Dios con fervor, y ponen los medios de vencimiento: fuerza de voluntad, oración, huída de ocasiones; frecuencia de sacramentos...

3) Correspondencia al llamamiento de Dios. Notemos que Dios llamó también y aligió a Saúl, a Judas y a otros, y terminaron siendo reprobados, y ¿por qué? Porque no cooperaron al llamamiento divino... Dios llama y elige, pero cada uno debe cooperar a ese llamamiento con fidelidad y dignidad, y por eso el apóstol nos dice. "*Esforzaos en asegurar cada día más y más vuestra vocación por medio de vuestras buenas obras*".

"Lo bueno que hacemos es del Dios omnipotente y de nosotros, porque El, inspirando, nos previene para que queramos y nos acompaña con su ayuda para que no queramos en vano, sino que podamos cumplir las cosas que queremos" (S. Greg. Magno).

Palabras de San Pablo

Estas palabras tienen hoy su actualidad, por ser inspiradas por Dios, y merecen ser meditadas por todos los jóvenes:

"*Quisiera que todos los hombres fueran como yo* (él era soltero), *pero cada uno tiene de Dios su propio don... Si no pueden guardar continencia, cásense, que mejor es casarse que abrasarse* (en el fuego de la impureza)...

Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor; pero puedo daros consejo... Creo, pues, que por la instante necesidad es bueno que el hombre sea así... Si te casares no pecas; pero ten-

dréis que estar sometidos a las tribulaciones de la carne que quisiera yo ahorraros...

Yo os querría libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de como agradar al Señor. El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a la mujer, y así está dividido. La mujer no casada y la doncella sólo tienen que preocuparse de las cosas del Señor, de ser santas en cuerpo y espíritu... Quien casa a su hija virgen hace bien (siendo ella de este parecer), *y quien no la casa hace mejor... Más feliz será si permanece así, conforme a mi consejo, pues también creo tener yo el espíritu de Dios"* (1 Cor. 7, 7-9. 25 ss).

San Pablo *aconseja* la virginidad, *no la manda,* porque su adquisición es obra de la gracia y supone un gran esfuerzo, un sacrificio heroico y un dominio absoluto de si mismo, y por eso este es el sacrificio más hermoso y más noble que se puede ofrecer a Dios en este mundo.

¡Dichosas las almas consagradas con una entrega total al servicio de Dios y de sus hermanos los hombres!

El que se sienta capaz de este don ¡adelante!

Advertencia final

Me parece oportuno advertir que el presente libro tiene bastante parecido al *"Diccionario de Espiritualidad"* que me ha editado este "Apostolado Mariano" de Sevilla, en cuanto que los temas van en orden alfabético y algunos temas son comunes; pero se diferencian en que el TESORO BIBLICO tiene 64 temas, mientras que el dicho Diccionario tiene 167.'

"El Tesoro Bíblico" tiene algunos temas nuevos y más máximas de los libros sapienciales, que el "Diccionario de Espiritualidad" y va también con nuevos textos bíblicos y explicaciones más concretas, y con la mira a ofrecer reflexiones e ideas de medita-

ción a fin de que todos, máxime los jóvenes, tengan a mano lo más esencial que deben saber para aprender a vivir rectamente.

INDICE

— Alabanza
— Alegría
— Amistad
— Amor
— Avaricia
— Beneficios
— Biblia
— Camino
— Caridad
— Castidad
— Cielo
— Consejo
— Corrección
— DIOS (Sus atributos)
— Dolor
— Embriaguez
— Envidia
— Escándalo
— Esperanza
— Espíritu Santo
— Eucaristía
— Fe
— Fin del hombre
— Fortaleza
— Gracia divina

— Gratitud
— Gula
— Haz bien
— Humildad
— Infierno
— Injurias (su perdón)
— Injusticia
— Ira
— JESUCRISTO
(Testimonios acerca de Jesucristo)
— Juicio divino
— Juicio temerario
— Juventud... ancianidad
— Lengua (Habla bien)
— Limosna
— Mandamientos
— MARIA VIRGEN
— Matrimonio
— Misericordia de Dios
— Muerte
— Mujer (su retrato en la Biblia)
— Necedad
— Oración
— Paciencia
— Padres (e hijos)
— Paz
— Pecado
— Reflexión (Prudencia)
— Respeto humano
— Riquezas
— Sabiduría
— Santidad
— Sentencias varias
— Silencio (su valor)

— Soberbia
— Temor de Dios
— Tiempo (brevedad de vida)
— Trabajo (pereza)
— Vanidad
— Vocación